

LÁGRIMAS DE AFGANISTÁN

Un día, a las puertas de un hotel de Kabul, alguien me detuvo y, sigilosamente, sacó de debajo de su manto un rollo de hojas atadas con una cinta roja, y me las entregó.

-Son páginas escritas con lágrimas-dijo-. Usted, que es libre, hable, por favor, de las mujeres de mi país.

Yo quise retenerla, preguntarle algo, pero no dio lugar a nada. En un instante, desapareció de mi lado. Caminaba de prisa, como si tuviera miedo.

No pude ver sus ojos, no pude ver su rostro; no sé qué edad tendría.

Era una mujer bajo el burka...

Lloro

por la vida que no podré vivir,
por las duras mañanas,
por las tardes cerradas,
por las noches sin esperanza.

Lloro

porque no soy mujer
sino cárcel andante:
nunca podré sentir el sol sobre mi piel,
nunca podré soltar mi pelo al viento,
nunca podré gozar de la brisa y del mar.

Me siento malherida, rota, pisoteada.

Me siento maltratada.

Me duelen las miradas de estos hombres de piedra,
me duele esta muralla.

Los cristales del aire se clavan en mis manos.

He perdido la paz y la sonrisa.

Me siento desolada.

Estoy seca de amor,
seca como esta tierra
arcaica y despiadada.

Quiero romper mi manto
y caminar desnuda
bajo una lluvia cálida.

No, no amaré a ningún carcelero
aunque teja sus redes con pétalos de rosas.

Espero
que el tiempo que perdí en amarte,
Alá me lo devolverá
en horas de eternidad.

Podrás cerrar mi puerta
pero yo miraré por la ventana.

Podrás tener mi cuerpo,
podrás atar mis manos
y tapar mis ojos.

Pero mi pensamiento
volará siempre libre.
¡Nunca podrás tenerlo!

No aspiro a la felicidad.
Sólo deseo alcanzar
las gotas de amor que destile
el árbol talado de mi libertad.

He lanzado mil dardos
preguntando a los árboles y al viento.

He rasgado mi manto
por la desesperación y el desencanto.

He orado ante Alá.

He abierto mis brazos como palmeras
arañando los cielos.

Y he recibido, sólo,
el sarcasmo de los amaneceres silenciosos,
de los cristales empañados,
del fuego que sólo deja
cenizas en el corazón.

Nada puedo guardarme,
nada me pertenece.
Sólo el rastro caduco
que el recuerdo protege.

Ni siquiera me quedan
las llaves de las puertas
que se han ido cerrando.

Ni siquiera me queda
un mínimo cartucho de locura
para las tardes de letargo.

Ni siquiera me queda
el engañoso alivio
de un cielo protector
sobre nuestros tejados.

No, no siento sosiego
cuando oigo la voz del muecín
llamando a la oración.

¿Qué nuevo y humillante burka
os inspirará hoy vuestro dios?

Bajo miles de dogmas y banderas
habéis encadenado nuestras mentes,
habéis atado nuestros sentimientos.

Y ahora nos encontramos
bajo montañas de eslabones ciegos,
gendarmes invisibles,
suicidas de caminos,
carceleros de sueños...

¿Por qué dejamos
hacer túneles y vías al pensamiento
si la verdad y la vida son como torrentes
que siempre desbordan nuestros pequeños cauces?

Quisiera
volver a tu regazo
inmenso y dulce mar.

Naufragar
en los pliegues azules de tu pecho
y sentir cómo lavas mi corazón cansado.

Anidar en las manos
la frescura y el viento
y entregarme a tu abismo
de estrellas sumergidas
mientras calmas mi sed
de arena atormentada.

Quisiera
volver a tu regazo,
cala de paz,
remanso de mis ojos,
inquieta campo azul
para las gaviotas ocultas de mis sueños.

No, no cerréis las ventanas esta noche
que hay luna llena.

El invierno está ausente de mis ojos,
no siento el aire frío,
miro la débil luz de las estrellas.

Mi corazón, casi perdido, vela
sobre el lejano azul de las montañas.

Bajo el alero duermen
las golondrinas de mi alma.

¿Será mucho pedir
permitirme este lujo
de olvidar mis cadenas
y pararme a mirar, simplemente, la noche?

¿Será mucho pedir
soñar que alguna vez se podrán reflejar
las formas de mi cuerpo al caminar?

¿Será mucho pedir
desear que otros ojos
en mis ojos se puedan posar?

¡Si pudiera quemar este burka
y despertar al alba
en libertad...!

Sería tan sencillo
soltar las riendas de la tristeza
y dejar que las lágrimas me sumergieran
en la melancolía...

Sería tan fácil
claudicar
cuando no tengo rostro,
cuando la calle está deshabitada
de sonrisas...

Pero yo sigo viva
y sólo tengo que alertar los oídos
para escuchar la canción de la tarde
y sólo tengo que abrir los ojos del recuerdo
para ver brillar los chopos
bajo la luna.

Hace tiempo que aprendí
a agarrarme a los juncos de las orillas
y a cruzar el río
saltando sobre las piedras.

Hoy es un día cualquiera
y, como todas las mañanas,
hay que abrir las ventanas
para que entre la luz
hasta el último rincón
del alma...

El silencio me pesa
como un sayal de acero
y los ojos se esconden
en el bosque del tiempo.

La sombra de mi manto
ha pintado tabiques
junto a mis pies descalzos.

Bate el viento las hojas,
palidece la tarde.
Un girón de mi vida se pierde
entre la música rumorosa del aire.

A veces, en las tardes donde el aire se agota
y sientes que las nubes te aprisionan el alma,
lanzas tus ciegos dardos
sin rumbo, sin sentido.

A veces, cuando sientes crujir la hierba seca
como un espeluznante sendero de aridez,
quisieras refugiarte en los azules cálidos
de algún lago perdido.

A veces, eres pasto de llamas invisibles
y apagas tu impotencia en las pobres palabras.
palabras que quisieran ser puentes sobre el magma
de nuestra finitud.

Y buscas la belleza de una rosa cercana
o el brillo silencioso de una estrella fugaz
donde calmar la sed de este valle brumoso
de este túnel angosto
que es nuestro caminar.

Nunca osé, con mis manos, alcanzar lo prohibido.
Siempre tras la cancela, temerosa y cobarde,
jamás me lancé al vértigo de lo desconocido
y soy como una barca desarbolada y pobre
que no está preparada para echarse a la mar.

Aquí, como otros días,
pasa el mundo a lo lejos
y yo siempre en el muelle
despidiendo los barcos que van a navegar.

Contemplando el envite diario de la vida
me estremezco soñando con mis pies de gacela
peregrina perpetua de la canción y el beso,
peregrina perpetua de luz y libertad,
peregrina sin valles ni senderos,
peregrina de sueños nada más.

Vale más ser temida que malquerida.

Vale más ser odiada que humillada.

A veces los minutos se alargan como ríos
y el alma se desnuda como un árbol de invierno.

Me pesan las montañas que circundan mi vida,
me pesan las sandalias que aprisionan mis pies.

Hay una golondrina temblorosa en mi pecho
que, blandamente, espera
naufragar en el viento.

La brisa nos envuelve,
nos abre las murallas,
escala las almenas de nuestro corazón.

Ven, cógeme de la mano,
eterna y misteriosa región de la esperanza,
vamos a ver la noche.

La noche, carpa inmensa
sobre los desvalidos seres de la tierra,
almohada de los sueños,
destino de quimeras.

La noche,
penumbra que unifica
y borra los perfiles ingratos de los hombres.

La noche,
sobre el alma,
como una mansedumbre de siglos estancados,
como un respiro mágico de la rueda del tiempo,
como un cálido abrazo,
como un manto de paz.

No me vais a quitar
la alegría de la llegada.

No me vais a quitar
el crepúsculo ni la esperanza.

Podréis quitarme el aire,
podréis dejarme en brazos del vacío,
asomada al abismo
de las dunas sin límites,
trinchada por los vientos de la desolación.
Pero no os dejaré pisotear mi siembra
ni hollaréis el vivero de mis sueños.

Y soplará la brisa entre mis árboles
y yo descansaré a su sombra,
arropada de paz,
mirando atardecer
en libertad...

Bajo la sombra de los árboles,
oigo la canción silenciosa de la tarde
y mi alma se aligera
igual que una libélula sobrevolando entre los juncos.

La belleza hiere de felicidad mis ojos
y los minutos pasan lentos,
ebrios de luz,
camino del ocaso.

La esclavitud se olvida
sumergida en la hierba verde
de la esperanza.

Ahora podría dormir
o morir
en esta paz,
mientras se oye
un aleteo suave entre las hojas.

EPÍLOGO

Sola, se te han roto los sueños,
se tronchó el frágil tallo
de los amaneceres engañosos,
cuando todo tenía explicación
y los ojos ingenuos
creían en el destino.

El desencanto llega
como un río de lava
y los días sin brillo
van sitiando tu alma.

El mundo está cansado,
no hay ángeles de guarda.

Cuando duele la vida
la noche es una negra cortina de silencio,
la noche es una losa
que envejece y aplana.

Yo no sé de qué forma
cambiaría tu derrota,
yo no sé con qué manos
sembraría en ti, esperanza.

No tengo más regalo
que un corazón abierto
cómplice de tu rabia.

Sólo puedo mandarte
mi voz acristalada en el papel
y un poco de este agua
que mana de la fuente de mis lágrimas.